

Peter Burke, *La Revolución Historiográfica Francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1993, 142 páginas.

Burke es conocido como un experto en el campo de la historia de la cultura. El más destacado de sus trabajos se ocupa de la cultura popular en la Europa moderna. Pero Burke se ha ocupado también de manera sistemática de la historiografía. En este campo su interés se ha centrado en el estudio de hombres y corrientes sobresalientes de Annales (Lucien Febvre, Fernand Braudel, la civilización material en el trabajo de éste, la historia de las mentalidades). Del año de 1978 data un artículo intitulado «Reflections on the Historical Revolution in France». Aunque la escuela, o como Burke prefiere decir, el movimiento de Annales, ocupa un lugar privilegiado no han escapado a su atención otras corrientes del pensamiento histórico. Pruebas de una óptica más amplia son su artículo sobre «Ranke como reaccionario» (1988) así como el libro «New Perspectives on Historical Writing» (1992). Para este trabajo colectivo escribió dos de once capítulos. Uno de estos presenta sugestivas consideraciones acerca de la «Nueva Historia», de lo que es, de dónde viene, de algunos de sus problemas teóricos y de sus herramientas. El otro capítulo redactado por Burke quien a la vez ha actuado como editor del libro, se ocupa de «La Historia de los acontecimientos y el renacimiento de la narrativa». En este trabajo Burke señala la oposición entre historia de la estructuras e historia de los acontecimientos como telón de fondo del revivido debate en pro y en contra de la narración. Burke advierte cierta artificialidad en el actual atrincheramiento de ambas posiciones y propone aproximarlas por diversos medios, entre otros, el de la discusión sobre la relación entre las estructuras y los acontecimientos. He ahí una fuerte característica de las reflexiones historiográficas de Burke; sus búsquedas van más allá de una decisión a favor de alguno de los enfoques que se están disputando el fragmentado campo de la Historia.

Dicha virtud se encuentra también, aunque no siempre con un perfil tan claro como en el mencionado trabajo, en el libro que Burke publicó sobre Annales. Este libro no es ni pretende ser una de esas explosivas, absorbentes novedades que suelen conmover el gremio de los historiadores, de vez en cuando. Mal podría serlo, pues muchos han escrito sobre Annales. Entre ellos Francois Dosse cuyo trabajo «La historia en migajas» fue publicado por primera vez en 1987 en París. La versión original, es decir la inglesa de «La Revolución historiográfica francesa» de Burke se publicó en 1990. No parece que este haya conocido, hasta ese momento el libro de Dosse. Este a su vez no da muestras de haber conocido previamente los puntos de vista de Burke acerca de Annales.

El libro de Burke «se propone describir, analizar y evaluar la obra de la escuela de Annales» (p. 12). El autor señala en la introducción que no pretende escribir una gran historia de Annales. Esta, más bien, debería esperar hasta el siglo XXI y tendría que apoyarse sobre una base de información más amplia así como en una gran familiaridad con la historia de Francia.

Reseñas

El trabajo objeto de esta reseña habla poco de la revista de *Annales*, y más bien «se ha concentrado en los principales libros escritos por miembros del grupo...un puñado de obras que tuvieron el mayor impacto (en los profesionales y en el público general) en el largo plazo.»(p. 14) El autor además se nutre de contactos personales sostenidos con numerosos *annalistas*, durante tres décadas. Con todo, Burke quiere presentar una historia crítica. Por de pronto esgrime la distancia entre Cambridge y París como una mínima garantía para ello (p. 13).

La exposición que sigue un orden más o menos cronológico está dividida en cinco capítulos precedidos por una breve introducción y acompañados por un glosario (el lenguaje de *Annales*), notas, bibliografía y un índice temático.

El primer capítulo se ocupa de «El antiguo régimen historiográfico y sus críticos». Se trata de fijar los puntos de partida de *Annales*. Y la referencia al «antiguo régimen historiográfico» expresa en primera instancia la percepción de sus fundadores así como su voluntad de diferenciación con respecto a la llamada historia oficial. Aunque en el título del capítulo parece decir lo contrario, Burke no está del todo convencido de que Marc Bloch y Lucien Febvre hayan encontrado un paisaje historiográfico tan unidimensional como lo sugerían sus críticas. Burke recuerda entre otros ejemplos, el notable auge de la historia económica y social de la segunda mitad del siglo XIX en varios países lo mismo que la publicación de varias revistas históricas nada «antiguas». En Francia, ya tenía asiento la colaboración entre la historia y otras disciplinas, en particular el esfuerzo orientado hacia una psicología «histórica» o «colectiva» en la *Revue de Synthèse Historique* fundada en 1900 por Henri Berr. Al igual que en su artículo arriba mencionado Burke no insistió en la búsqueda de las razones del endurecimiento que observa entre el enfoque que apunta básicamente hacia estructuras y otro anclado en acontecimientos, aquí señala las contradicciones al tiempo que omite el intento de explicarlas. Puede ser bastante parecido lo que hay detrás de lo esquivado en ambos casos. Dosse, para *Annales* ha ofrecido la tesis de «la ambición de poder y de monopolio». Seguramente su palabra no es la última sobre el asunto. Pero hay razones para suponer que unos mecanismos de competencia ayuden a entender lo que a primera vista (y dentro del sólo ámbito de las ideas) no parece «lógico». Habría que investigarlos sistemáticamente. Podría avanzarse hacia una comprensión más adecuada de la naturaleza del movimiento en la producción del conocimiento histórico. Probablemente se conseguirían importantes criterios para tratar problemas de orden mayor como la fragmentación del objeto del estudio histórico compartida hoy día por los epígonos de *Annales* con gran parte de los historiadores y considerada problemática por una minoría del gremio. Pues es evidente que ni la especialización ni el «fin de las ideologías» ofrecen explicación suficiente.

La trama de los capítulos segundo, tercero y cuarto, respectivamente la representa el contenido resumido más o menos brevemente, de los trabajos representativos de las tres generaciones de *Annales*. La presentación de las más importantes críticas que han surgido acerca de los trabajos que se comentan es la urdimbre especialmente valiosa. Burke interviene en la discusión con juicios propios que se refieren al manejo a un tanto ligero de las herramientas del oficio en unos

casos, y a problemas o campos dejados de lado por los autores comentados en otros». Y finalmente el tejido está bordado con breves informaciones sobre estos autores. El tejido es consistente. Es difícil contar con un buen compendio sobre tantos y tan diversos trabajos y al tiempo disponer de las críticas más relevantes referidas a ellos.

La presentación amplia de críticas y comentarios puede leerse también como un cuadro representativo de la clase de criterios que gobiernan los debates entre los historiadores. La cronología referida transmite una idea de lo ocurrido con estos criterios a lo largo de unos sesenta años del presente siglo. Salta a la vista la coexistencia de un nivel teórico casi inmóvil con la fragmentación proverbial de temas y métodos. Burke no explícita esta concordancia, y mal podría hacerlo porque su propio criterio se mantiene, a juzgar por el tipo de crítica que comparte dentro de las pautas de la dinámica disciplinaria que él mismo describe. Esta dinámica se ha venido sustentando en el objetivo de un cumbrimiento factual-empírico cada vez más completo o exhaustivo, si se quiere de «la historia» antes que en un debate empírico-teórico sistemático. Entendido como representación problemática de dicha dinámica el trabajo de Burke puede entonces alimentar dispositivos críticos frente a valoraciones y presiones heterónomas que pesan hoy día sobre el trabajo de los historiadores.

Al estudio de *Annales* como parte activa del cambiante paisaje académico-institucional, y esto incluiría sus funciones específicas en relación con el estado francés, Burke no ha querido dedicar mayor reflexión en este libro. Pero algunos hitos del ascenso institucional y del incremento del personal del «movimiento de *Annales*» están registrados. Burke señala aún al comienzo de la parábola el papel de Lucien Febvre en la reorganización de la *Ecole Pratique des Hautes Etudes*, inmediatamente después de la segunda guerra mundial, y como presidente de la famosa Sexta Sección de la misma. «Con la dirección de Febvre los revolucionarios intelectuales lograron hacerse cargo de la posición histórica oficial en Francia. El heredero de este poder sería Fernand Braudel» (p.37). Burke habla incluso «del imperio de Braudel» (p. 102). La fase más reciente presenta a los científicos de *Annales* disponiendo de amplios espacios en los medios de comunicación y en el ámbito de las editoriales de Francia. Se percibe un poder poco común en el mundo académico, particularmente en el habitado por las disciplinas sociales. Resulta difícil aislar el desarrollo científico de *Annales* de esta parábola.

La reseña ciertamente interesante sobre «El Mediterráneo. . .» de Braudel puede servir para ilustrar la suerte que ha corrido la historia centrada en el trabajo sobre problemas, en la cual tanto habían insistido los fundadores de *Annales*: La más importante de todas las cuestiones debatidas a partir de la obra tal vez sea la que se refiere al llamado determinismo de Braudel. Burke anota sobre este punto que «siempre insistía Braudel en la necesidad de explicaciones pluralistas» a la vez «que sus críticos rechazaban esa visión determinista de la historia sin hacer críticas precisas o constructivas» (p.45). Esto seguramente es cierto y además dicente. Problemático en cambio parece el resumen resignado de Burke: «El debate sobre los límites de la libertad y sobre el determinismo es un debate que probablemente dure mientras se escriba historia. Digan lo que dijeren los filósofos, en semejante debate a los historiadores les es extremadamente difícil ir más allá de una simple afirmación

Reseñas

de su posición.» (p.45) Probablemente Burke tenga razón, siempre y cuando insista en plantear el problema en los términos heredados del debate mismo. Desde luego que sería fatal deponer las armas sobre esta cuestión vital para la orientación de los hombres. Pero también de hecho, el debate puede revitalizarse mucho más allá del punto considerado prácticamente muerto por Burke. Hay avances más allá del punto señalado. Quizá uno de los más significativos lo sea el giro mediante el cual Norbert Elias ha logrado justamente sacar la cuestión del callejón metafísico-especulativo. Burke no desconoce a Elias. Pues se refiere a diferentes trabajos de él en su libro sobre «El Renacimiento» (orig. Londres 1987) y en «Historical Writings». Pero quizás Burke como otros historiadores aún no haya encontrado la dimensión concerniente a la vía abierta por Elias frente a un tipo de problemas que parecían ser feudo de la filosofía (al menos en lo que a su formulación se refiere) pero cuya solución no es posible fuera de la historia.

En todo caso Burke formula su balance negativo acerca del debate «determinismo-libertad» en tales términos que este se lee como referencia al estado actual de la historiografía en general. Aunque Burke nuevamente no lo explicita, su juicio compromete también a la sustancia aportada por Annales a un plano de síntesis elevada de la teoría social.

El capítulo quinto que es a la vez el último de este libro quiere presentar a «Annales en una perspectiva global». Las quince páginas que lo componen transmiten un resumen necesariamente somero de las reacciones frente a los desarrollos de Annales de la historiografía fuera de Francia y fuera de la disciplina histórica. El cuadro presenta notables variaciones en cuanto a la receptividad por parte de las historiografías nacionales y también según períodos de especialización entre los historiadores. Burke señala las tradiciones intelectuales como una posible variable explicativa, especialmente para las reacciones británicas, en general bastante reservadas. «La diferencia entre la tradición británica de empirismo e individualismo metodológico y la tradición francesa de teoría y holismo» habría impedido el contacto intelectual (pp. 96-97). Esta como otras afirmaciones habrá que leerlas como invitación a una más amplia discusión acerca de la historiografía contemporánea. Entre las facetas que sobresalen para el tercer período de Annales Burke señala de forma igualmente somera una cierta apertura hacia la historiografía norteamericana, la consabida consolidación de los estudios sobre mentalidades colectivas así como la afirmación de la historia del género.

Finalmente Burke constata, que debido a la generalización de su propio éxito Annales hoy día se encuentra en proceso de disolución. Como legado que sigue distinguiendo a Annales frente a otras escuelas e historiografías el autor resalta los grandes trabajos colectivos que rebasarían las posibilidades de cualquier investigador individual.

Vera Weiler

*Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia*